

SERMON.  
EL EGOÍSMO ES PERJUDICIAL  
Á LAS SOCIEDADES  
Y Á LOS MISMOS EGOÍSTAS.

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA  
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.*

El estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, no me pertenece á mi concederlo á vosotros, sino á los que está preparado por mi Padre.

*S. Mateo, c. 20. v. 23.*

El egoísmo es sin disputa una de las pasiones ó vicios mas funestos á la sociedad y á los individuos que la componen. Él es el origen, el pábulo, el fomento de todas las pasiones y de todos los vicios: es la raíz viciada, de donde nacen todas las desgracias, y la envenenada fuente de donde fluyen todos los males y horrores de la vida.

Tan cierto como es que la conservacion y prosperidad de todo el cuerpo interesan mucho mas sin comparacion que las de un solo miembro, así lo es igualmente que el interes particular debe ceder al bien general. El egoísta prefiere en todo caso sus propios intereses á los de toda la sociedad, y como si esta no existiera con otro objeto que el de satisfacer sus propias necesidades y antojos, todo lo refiere á sí mismo, todo lo sacrifica en las infames aras de su amor propio. No hay enemigo mas

astuto, mas disimulado, y de consiguiente mas temible que él, pues bajo el velo de la mas noble de las virtudes, cual es la caridad, oculta el abominable vicio de una grosera concupiscencia, de un sórdido interes, de un désordenado amor propio; de cuyo ardid se vale siempre para dominar á todos sus semejantes, ó á la mayor parte por lo ménos.

Sirva para nuestro desengaño el terrible ejemplo de los dos hijos del Zebedeo, que la Iglesia expone hoy á nuestra consideracion. Santiago y Juan, privilegiados por muchos motivos y en varias ocasiones en el amor de su pariente y maestro Jesucristo, apénas le oyen asegurar que despues de ser perseguido, atormentado é ignominiosamente muerto, habia de resucitar un dia lleno de gloria y majestad, para ocupar un solio magnífico en un reino mas feliz y ostentoso que todos los de este mundo, se deslumbran, aspiran ambiciosos á la adquisicion de los mas distinguidos honores, de las primeras dignidades, de los puestos mas elevados en tan ponderado reiuo; manifiestan expresamente al Salvador sus imprudentes deseos; le piden con anticipacion los dos asientos mas próximos, los mas inmediatos al trono; y para obtener su aprobacion, se declaran dispuestos á ejecutar todo cuanto pueda exigir de ellos, aunque sea el sacrificio de sus vidas. El Maestro celestial que penetraba el interior de sus corazones y veía claramente la ambicion que ellos creían ocultar con sus palabras, les reconviene con su acostumbrada dulzura, en vez de acceder á su solicitud, y les dice que ni saben lo que solicitan ni lo que prometen.

Esta sucinta, pero importante, historia me servirá de fundamento para descubrir algunos de los muchos perjuicios que por el ambicioso egoísmo se ocasionan á las sociedades y á los mismos egoístas. Y cuidado que no se limitará mi discurso á declamar contra la ambicion que tiene por objeto la adquisicion de los altos destinos políticos; la ambicion en sí misma, segun que es aplicable á todos los hombres y á todas las clases de la sociedad, será mi objeto. Pero espero poco fruto de mi trabajo, si el Señor no se digna dispensarnos los auxilios de su gracia, que os excito á pedirle por la mediacion de su amantísima Madre. *Ave María.*

No proponiéndose en sus operaciones las sociedades otro fin

que el bien y la prosperidad respectiva de los particulares, está muy puesto en razon, que se excite el celo de cuantos se hallen en estado de cooperar á tan grandioso objeto, con una recompensa proporcionada á sus desvelos y trabajos. Quanto sean mas elevados los destinos, tanto son por necesidad mas graves los cargos, mas vastas las obligaciones, mas espinoso y difícil el desempeño de sus deberes: es muy justo por tanto que sea mayor la recompensa, esto es, proporcionada al mérito que se adquiere. Pero hé aquí la verdadera piedra del escándalo. De lo mismo que tan imperiosamente y por una necesidad absoluta exigen el órden, la razon, la justicia, todas las conveniencias sociales, abusa nuestra miseria para fomentar el desórden y los trastornos. La naturaleza enseña al hombre y le impone una estricta obligacion de amarse á sí mismo y procurarse por todos los medios posibles, pero lícitos al mismo tiempo, toda la felicidad de que es susceptible; mas este amor ordenado por la naturaleza vino á degenerar por la culpa en un amor desmedido y ciego, en un brutal egoísmo, por el cual mira el hombre con zozobrosa inquietud, con mortal envidia la suerte de los que se presentan á su vista como mas felices, desea vivamente igualarse con ellos en felicidad, y se afana poniendo en ejecucion cuantos medios le dicta esta pasion infame, por excederlos, si le es posible. Al ver el brillo, la ostentacion, la fastuosa opulencia, la regalada comodidad que por lo comun acompañan á los destinos principales, á los empleos superiores al suyo, su corazon se inflama á impulso de la ambicion que le estimula, le devora, le excita los deseos mas infames; y sin fijar su atencion, ignorando acaso completamente los trabajos, inquietudes y desvelos que son anejos á su desempeño, la terrible responsabilidad que llevan consigo, el talento, la instruccion, el espíritu y la virtud indispensables para llenar sus deberes, no compara su capacidad con las obligaciones, ni las fuerzas de que puede disponer con el peso que intenta colocar sobre sus hombros; no examina con una madura reflexion segun la prudente máxima de un poeta gentil (1), *quid ferre recusent, quid valeant humeri*; compara sí con su deseo los honores é intereses que se promete, entabla al punto su solicitud, no omite diligencia alguna á fin de que salga bien despachada, agota todos

(1) *Horat. De arte poët.*

los recursos que le presenta su fecunda imaginacion, sacrifica á este deseo los intereses propios y los ajenos, se deprime hasta el extremo de cometer las mas indignas humillaciones, prostituye lo mas sagrado del honor y del decoro, en todas partes y á toda costa procura granjearse padrinos ó protectores que tomen de su cuenta la solicitud, y, como otra Salomé, les encarga hasta el fastidio, les recomienda cada dia que pidan por él: *dic ut sedeant*.

Si el superior, movido de su integridad, del deseo del acierto, de su justificacion, se detiene á inquirir las disposiciones ó capacidad del aspirante, si pregunta, como el Salvador á los hijos de Salomé: *potestis bibere calicem?* ¿estáis dispuestos, os halláis con fuerzas suficientes para levantar las cargas del destino que solicitáis? al punto, muy pagados de sí mismos, responden como aquellos: *possumus*; nada temáis, hemos meditado bien, hemos previsto los resultados de toda clase que puede tener el desempeño de nuestro anhelado destino; nada es difícil al hombre animado de una buena voluntad y de un sincero deseo de procurar el bien general. Si les exige, como circunstancia que debe preceder á su nombramiento, las hojas de servicios, al punto le manifestarán numerosas certificaciones, en que se recomiendan extraordinariamente, presentándolos como los mas importantes, aunque jamas hayan dado un solo paso que los haga dignos de semejantes elogios. Sus méritos suelen ser nominales, y se suponen como efectivos, sus servicios nulos, y aparecen en gran número, su aptitud imaginaria, y se presenta como indisputable. Es demasiado lo que se exagera, lo que se inventa en semejantes casos.

Examinemos ahora los deseos del egoísta y sus verdaderas intenciones. Hace una ridícula ostentacion de los trabajos que ha padecido para que se le conceda el descanso; alega los méritos que ha contraído, los supone en alto grado relevantes, porque desea conseguir la recompensa; recuerda su aptitud, la que se desdenea de poner en paralelo con la de los otros aspirantes, á fin de que se le dé la preferencia. Es preciso confesar que si sus méritos y su capacidad son verdaderos, es decir, si es exacta su relacion, sus deseos son muy ordenados, son muy justos. El órden, la justicia, la conservacion y prosperidad de las sociedades exigen imperiosamente el premio de los trabajos, una recompensa proporcionada á los méritos; mas yo no

veo, ántes bien mi razon se resiste á comprender que sea un condigno premio de los servicios uno de esos altos destinos, cuyo desempeño requiere mayor aplicacion, estudio mas continuado, trabajos mas difíciles, sacrificios mas costosos, desvelos mas incesantes; un empleo que absorbe por necesidad todos los talentos del empleado, sin dejarle tiempo ni libertad para disfrutar tranquilamente las ventajas que su posesion pudiera prometerle. Esto con sobrada razon debe llamarse un verdadero castigo, y el egoísta ni pretende ni quiere que se le castigue. Así es que cuando empieza á sentir las obligaciones que se ha impuesto, conoce que se equivocó tomando por premio una molestia insoportable, una carga que excede en mucho su posibilidad. Entónces, á imitacion de los hijos del Zebedeo, que cuando llegó el caso de poder beber el cáliz amargo de la passion, huyeron cobardes por evitar aquel compromiso, no obstante haber asegurado que lo beberian, para lo que manifestaron las mas aptas disposiciones y el mejor espíritu; así, digo, rehusando entónces el egoísta todo lo que el cargo presenta de gravoso, ó tiene que desempeñarlo por medio de agentes mercenarios, que por lo comun se ocupan mas de los intereses propios que del desempeño de los ajenos deberes, ó incurre por necesidad en faltas de mucha consideracion con grave perjuicio de los interesados, si á pesar de estar convencido de la limitacion de su talento y de la falta de instruccion, se arroja á hacerlo por sí mismo.

¡Ojalá que todos los superiores se hallaran dotados de la penetracion, prudencia é integridad necesarias para repeler las importunas solicitudes, que son por sí solas suficientes á demostrar la ineptitud de la mayor parte de los pretendientes! ¡Ojalá que, á imitacion de Jesucristo, procuraran asegurarse de las intenciones que estos abrigan preguntándoles: *potestis bibere calicem?* estáis bien penetrados de los deberes que os obligáis á cumplir? Persuadidos á que la divina Providencia es la única que puede proveer, y provee en efecto á todos y á cada uno de los hombres de las cualidades, disposiciones y talentos necesarios para desempeñar con exactitud los ministerios á que los destina, ¡ojalá se dedicaran á buscar aquellos precisamente, cuyas prendas son un testimonio inequívoco de que son elegidos por aquella, repeliendo á los temerarios ambiciosos, que tanto anhelan por intrusarse sin llamamiento alguno de

parte de Dios, con aquellas palabras de Jesucristo á los discípulos aspirantes á los primeros asientos en el reino de los cielos, *non est meum dare vobis*: nosotros debemos consultar la voluntad del cielo y no seguir sin consejo la nuestra en la distribucion de los empleos: estos no son un libre patrimonio nuestro y estamos en la obligacion de proveerlos en aquellos sujetos, cuyas disposiciones nos indican haber sido elegidos al efecto por la Providencia. ¡Qué perspectiva tan encantadora presentarian entónces las sociedades! ¡Qué paz tan preciosa, qué abundancia, qué prosperidad tan excelentes disfrutarian en este caso! Por el contrario, si atendidas las molestas solicitudes de los ambiciosos, destituidos por lo comun del verdadero mérito, fueran colocados al frente de los negocios hombres ineptos, ignorantes, ciegos egoístas, esclavos viles de sus intereses particulares, ¡cuántos desórdenes, qué cúmulo de injusticias, qué perjuicios tan enormes no se experimentarían por todas partes! El desórden, la injusticia, la pobreza, la discordia, la rebelion, todos los vicios, todas las desgracias serian el fruto, fruto amargo en verdad, de una determinacion tan ajena de la prudencia, de la razon y de la justicia.

En prueba de esta triste verdad demos una rápida ojeada por los diversos y mas principales ramos, que en materia de destinos abraza la sociedad. La administracion de la hacienda, colocada en manos ineptas, seria la causa inevitable de su verdadera destruccion, ocasionaria vejaciones incalculables, á las que sucederian el ocio, el fraude, el robo; la agricultura, la industria, el comercio, las artes, todas las fuentes de la riqueza se irian agotando por momentos. La administracion de justicia á disposicion de un sugeto poco íntegro causaria la violacion escandalosa de las leyes, la nulidad de los derechos, la impunidad de los criminales, la opresion de los inocentes, el desprecio de los legisladores, la relajacion y el desenfreno para entregarse con entera libertad á todo género de excesos. La administracion de la milicia en poder de un bisoño en el arte de la guerra, ó de un soldado poco interesado en la gloria de su patria, relajaria la disciplina militar, haria odiosa la subordinacion, debilitaria la fuerza física y por consecuencia la moral, que unidas forman el apoyo de los imperios, y pondria por tanto en un gran peligro su existencia. La administracion de los bienes y gracias espirituales en manos ineptas, en manos indignas... ay! gran

Dios! no permitáis tan inmensa desgracia: librádnos de este mal que seria el mas deplorable. Sola la idea de su posibilidad me llena de amargura. Esta consideracion presenta á mi vista el cuadro mas doloroso; me hace mirar el rebaño desnudo, debilitado, sacrificado inhumanamente, para proporcionar á los pastores el alimento, el regalo, el abrigo; pero abandonado al propio tiempo á sí mismo, sin tener quién se desvele por proporcionarle el pasto saludable, preservarle del contagio que le amenaza, y atender á la reparacion de la parte infestada aplicándole los remedios oportunos. Se me figura ver al lobo devorador que está en acecho, esperando con ansia la ocasion favorable de lanzarse sobre la presa, y que los perros, á cuyo cargo está su custodia, acobardados callan y se amparan de los pastores, que huyen igualmente despavoridos, dejando á merced del enemigo las ovejas, que son en consecuencia cruellísimamente devoradas. Creo ver las calles y plazas cubiertas de miserables mendigos, que piden con lágrimas amargas el pan necesario á la conservacion de su vida, que perecen al rigor del hambre devoradora, sin que haya un alma compasiva que se preste á remediar sus necesidades. Me parece ver una numerosa multitud de ciegos, precisados á caminar por entre mil precipicios y derrumbaderos, suspirando inconsolables por un guia que los dirija con alguna seguridad, sin descubrir quién quiera tomarse este cuidado, como no sea alguno, que mucho mas ciego que ellos, les acelera y hace mas lastimosa la caída. Se me figura ver...

Oh! no permita el Señor que se realicen mis temores. Infelices! ay! ellos mismos esterilizarian, destruirian la grandiosa obra de la redencion de la misma manera que los otros la de la creacion y Providencia. Pero lo harian impunemente? Tal vez conseguirian eludir el juicio de los hombres, y aún seducirlos hasta el extremo de que llegaran á tributarles elogios por lo mismo que no merecian sino imprecaciones; pero hay otro juez infinitamente superior, de quien nadie puede librarse: hay un Señor infinitamente sabio, á quien es imposible engañar no obstante las arterías todas de la simulacion y la lisonja; hay un juez sumamente íntegro, que ni atiende á recomendaciones, ni á súplicas, ni á lágrimas, ni á excusas; hay un juez infinitamente justo que no puede ser engañado con ardides, con adulaciones, ni con dádivas. ¿Podrian eludir el fallo de este tribu-

nal supremo, que de suyo es irrevocable? Figurémonos que ha llegado el momento, en que este Juez inexorable hace comparecer en juicio á estos desventurados egoístas, y les dice con toda severidad desde su tribunal excelso: *redde rationem villificationis tue* (1): dadme razon de vuestra mayordomía; que les exige la cuenta mas exacta de su administracion y el alcance que resulte contra los administradores, sin perdonar un solo maravedí. Aquí no hay medio alguno de salvacion, ni aún el recurso de componerse con los colonos. Todos, por el contrario, se declararán enemigos de estos miserables, y exigirán del Juez á grandes voces el castigo competente. El Señor no alabará la destreza y astucia con que engañaron á sus hermanos, como lo hizo con el mayordomo infiel (2), sino que condenará su infidelidad, movido de los ruegos y súplicas que le dirigirán las familias, los pueblos, las provincias, los imperios reducidos á la indigencia, á la desolacion, á una completa ruína por culpa suya, y las almas rescatadas de la esclavitud de Satanás á costa de la sangre del Cordero inmaculado, ligadas de nuevo con las cadenas de aquel tirano por la mala administracion de las gracias que el Señor habia depositado en sus manos para su remedio. Qué horror! qué desesperacion! La parábola de la higuera, la del sarmiento, la de la viña, la del siervo infiel...

¿Para qué molestaros con la enumeracion de unas figuras, cuya explicacion conocéis perfectamente? Si la eterna desgracia tiene que ser irremisiblemente el paradero, el castigo de los que no han hecho el bien que podian y debian, ¿cuál os parece que será el de los infelices, que han ocasionado ademas tan incalculables males? Los intereses, las comodidades, los honores, cuya idea los habia alucinado ántes, serán despues el torcedor mas cruel segun aquellas palabras de san Juan (3): *quantum glorificavit se, et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum*: dad á esos miserables los mas horrosos tormentos, arrancádles el llanto mas copioso y amargo en proporcion á lo que se glorificaron y vivieron entregados á los deleites. Aprendamos á ser humildes y desinteresados, viviendo contentos y agradecidos á la Providencia por la situacion en que nos ha colocado. No aspiremos á los destinos mas elevados, aunque por otra parte nos creamos con fuerzas suficientes para soportar el

(1) *Luc. c. 16. v. 2.* (2) *Ibid. v. 8.* (3) *Apoc. c. 18. v. 7.*

peso de las obligaciones que nos imponen, pues lo mismo creían los hijos del Zebedeo, y sin embargo manifestaron, abandonando á su maestro, lo que se puede esperar de un ambicioso. Tengamos presente, que cuanto mas nos elevemos á la cumbre de los honores, tanto mas lastimosa ha de ser un día nuestra caída. Jamas se aparte de nuestra imaginacion la respuesta de Jesucristo á sus pretendientes discípulos, y considerándola detenidamente, seguros podemos estar de que no conseguirá deslumbrarnos el falso resplandor de los bienes terrenos. Renunciemos, despreciemos á estos, si no queremos ser excluidos para siempre de la participacion de los bienes celestiales.

## SERMON.

AÚN EN ESTA VIDA ES RECOMPENSADO  
DE ALGUN MODO EL JUSTO,  
Y CASTIGADO EL PECADOR.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA  
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

*Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso, et epulabatur quotidie splendide, et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis, quæ cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat.*

Habia un hombre rico que vestia púrpura y seda, y daba todos los dias convites espléndidos. Á su puerta estaba un mendigo, llamado Lázaro, lleno de llagas, esperando con ansia las migajas que caian de la mesa, y nadie se las daba.

*S. Lucas, c. 16. v. 19, 20 y 21.*

El ignorante, que deteniéndose en la superficie exterior de las personas y cosas que le rodean, no pasa á reconocer el interior, se expone á formar unos juicios muy equivocados de ellas. Deslumbrado por el brillante resplandor del orópel, suele comprarle á un precio muy subido, como si fuera oro verdadero. ¡Qué delicioso punto de vista presentan las campanillas formadas por el agua! ¡Qué colores tan vivos y variados os-

(1) Del mismo González, y para este dia, hay otro sermón en la pág. 288 del tomo cuarto de los de *Mision*, dirigido á probar, que no es la tierra el lugar destinado para recompensar cumplidamente la virtud y dar el condigno castigo al vicio.